



# DESEOS CUMPLIDOS

DANA HART

Comencé a escribir a los 9 años. Recuerdo muy bien ese momento. Estaba en una habitación cerrada, en la casa de una tía, en San Rafael, Mendoza. Arrodillada sobre los pies de la cama, con un papel, de esos que se usaban en los `90, que tenían un perfume que se contagiaba a las manos, renglones rayados y bordes rosados. Y un lápiz mina, con el que comencé a anotar. Supongo que cualquiera que lo pida, puede encontrar ese papel en mi carpeta de expedientes en los Tribunales de la ciudad. Era una carta. Para mi madre. En ella, le explicaba todos los abusos sexuales que había cometido el padrastro con el que vivíamos hacía cuatro años. Había una frase entre estos signos: - -. Así que el Juez y el fiscal, dudaron de su veracidad. Dijeron que solamente una persona adulta podía escribir usando esos signos. Yo me sentí orgullosa de mi. Y al mismo tiempo, corroboré la tragedia de ver cómo el

entorno, me seguía tratando como si yo fuera una adulta. Alguien que podía lavar, cocinar, y ser utilizada sexualmente para la satisfacción de un sujeto. Ese fue mi primer escrito. Realista. Sin una sola línea de ficción. Con el resultado de ver a un hombre vestido de naranja tras las rejas. Supongo que aprendí en seguida el enorme poder de la escritura.

Después seguí escribiendo. Lo siguiente fue un cuento, mientras limpiaba la casa, sobre el asesinato de un Juez. Todavía puedo ver la escena que relaté, aunque el escrito se ha perdido. Había un techo y gente entrando por las ventanas. También había una niña, que observaba todo.

Cuando entré a sexto básico, conocí a mi gran profesor, el Maestro Leopoldo Varela, que me impulsó a seguir escribiendo. Me hizo leer un

cuento sobre lo incorrecto de ganar fama y popularidad haciendo cosas banales, y ese texto del buitre que le picoteaba los pies a Kafka, que no pude olvidar nunca más en mi vida. Recuerdo hasta el dibujo que hice, porque era así como yo también me sentía. Picoteada.

El Maestro me ponía notas 11, en vez de la máxima que era 10 y a menudo me decía que yo era una Mafalda. Una vez, hasta me dijo que había pasado por una esquina y había visto un graffiti que decía: “El sol se te parece”, y se había acordado de mí. Esa fue la primera vez que yo aprendí a tener un vínculo con un hombre adulto, sin ser abusada. Esa fue la primera vez que yo comprendí que podía querer muchísimo a alguien, sin que me utilizara para otros fines.

A los diecisiete comencé a escribir para la causa. Había visto a los quince años, cómo el 2001 en

Argentina, me pasaba por encima de los pies, y había quedado alucinada. Nada pudo quitarme eso. Escribir y escribir para la gente pobre, para la clase obrera, para la mujer, para la disidencia, para las niñeces, para los pueblos oprimidos, escribir contra el buitro que nos picoteaba los pies, no solo a mí, sino a cientos de miles.

Escribí diarios, periódicos, fanzines, boletines, folletos. Y me paré a repartirlos en muchísimas esquinas, huelgas, tomas. Publiqué en varias editoriales independientes, que fueron generosas conmigo, pero luego seguí el camino de lo libre y gratuito, mi pasión por repartir. Algo tienen mis manos, mi primer trabajo pago fue repartiendo volantes a los catorce años. Estaba ahí, entre los dedos.

A los diecisiete, cada escrito que elaboré, pasó por el ojo agudo de mi gran amigo Santiago, que lee

cada letra, siempre teniendo algo bueno para decir, desde hace veinte años. Gracias a él, he tenido muchos menos horrores de ortografía de los que de verdad tengo. Páginas y páginas de llanto, páginas y páginas de combate, las leyó todas. Sin cansarse, jamás. Y algo me dice que las seguirá leyendo, hasta que no me quede tinta.

Me he esforzado mucho, porque siempre tuve un sueño, un deseo por el que trabajé y hoy pude cumplir. Además de la revolución del oprimidx, yo tuve un sueño propio, individual. Yo soñaba con que alguien pusiera un altavoz en una fábrica tomada por la clase obrera y en el medio del ruido de las máquinas, se escucharan mis escritos. Las novelas, como “Las Pankhurst” o “Las Aventuras Feministas de Belén de Sárraga”, los cuentos, los fanzines sobre mujeres históricas. Y he podido cumplir mi sueño.

Hoy, Pablo, un obrero de la construcción que perdió un ojo producto de la represión policial durante el estallido social del 2019 en Chile, me ha enviado un video. Cerca de quinientos obreros y obreras están trabajando en sus labores, en una fábrica que ha sido tomada y es administrada por quienes trabajan, sin patronos, sin jefes, repartiéndose por igual las ganancias. Y puede escucharse el relato de “Las Pankhurst” a todo volumen, mezclándose con el humo de las máquinas.

Es Sylvia Pankhurst la que ajusticia a miembros del clero, mientras los martillos golpean. Siguiendo la tradición de Luisa Capetillo, que le leía Dostoievski a los trabajadores del tabaco, hoy, he podido continuar con ese legado. Y he podido dejar un mensaje: Que los sueños sean siempre de combate. **Que los sueños, sean el combate.**

[WWW.DANAHARTESCRITORA.COM](http://WWW.DANAHARTESCRITORA.COM)

